

Habrá palabras / nuevas para la / nueva historia

Ángel González

Ah, las palabras. Las que albañilean las casas del amor
y ponen los mensajes de los ojos en los oídos.

Las que oxigenan el papel y le dan vida a lo que
hace pensar.

Las que se adquieren y se guardan en el complejo
neuronal para hacer que se instalen las ideas.
La necesidad imperiosa de los amantes y sus abrazos
sentidos como vaharada de calor.

Fue conquistándolas, las maneja, las utiliza y llegó a los
flancos de las que son como los dioses:
Inalcanzables, tiranas y justísimas.
Que terminan donde no llega el pensamiento y así se justifican.
Son las matrices de los conceptos que tocan la metafísica
y los valores con los que se mastica la fe.

O esas que afilan los políticos para derrotar a los contrarios.
Para pavonear desde los atriles de los Parlamentos con
castillos de humo que no pueden cumplir.

Las que dicen, desdicen, ilusionan, engañan, utilizan,
normalizan, dan vigencia y acribillan con ellas los
pósteres electorales.

Las que asonrisan y estupidizan.
Las que manipulan e imprimen, y sólo a veces, las llenan
de júbilo en los expedientes de los ministerios.

Ah, las palabras que acarician a los perros echados y que
ellos las olfatean. Las detectan.
Accionan las orejas y las agradecen porque las sienten
instintivamente como restos de amor que se les lanza.

Palabras para los felinos.
Los que no se apaciguan en los brazos y buscan a
zarpazos la libertad.
Pero que las comprenden y te devuelven su mirada
oblicua, líquida y pura en el salto posterior de su huída.

Palabras para arrebujar a la ternura.
Para las onomatopeyas que forman el sonido labrador de
la risa del niño.

Palabras farmacéuticas para el dolor.

Y agitadoras palabras que movieron los corredores de las
minas y el vaivén de las máquinas y de los puentes de los barcos.



Las de la pasión que nos cierran la boca y suben a la mordida de los besos.

Y cómo no traer el combate de las palabras.
La destrucción que origina el lanzamiento de sus dardos.
Su guerra entre los dientes. Entre los bisbiseos.
Entre la sonrisa con sustantivos de alfileres que buscan el acerico del corazón.

Esas astifinas que cornean hasta dar con el recoveco de las alusiones.

Las que apuntan a las doctrinas que fueron amasadas con pan y esfuerzos en los talleres rudimentarios de los humildes.
Esas que se ven golpeadas por sus congéneres corpulentas, engoladas, grandilocuentes, documentadas, fascinantes e imposibles.

Palabras floretes que gesticulan el arte de la esgrima.

Palabras cobras que lenguatizan.
Que berbiquean la saga de la sentimentalidad.
Que venenizan y levantan farallones de ira.
Que sacan los cuchillos de la violencia.
Que maniquean y radicalizan los hechos, las actitudes.

Palabras que levantan muros.

Gelatinosas palabras que se esparcen como plaga y deshacen las recolecciones del amor.
Que fusilan y paralizan los abrazos porque van cargadas de munición competente.
Escupen bosta. Se visten de uniforme.
Llevan correajes y máuseres.
Proyectiles atómicos con la normativa de no escuchar, sino de ser sólo yoismo y arte del monólogo.
Y así zahieren los diferentes estatus del recuerdo.
Esos que memorizábamos en los altares primarios de la existencia cuando el zumbido de las alas y el aviso paladial:

Cuando éramos inquilinos del silencio.

Posdata

Las que pueden expresar lo invisible, según Confucio:

Las que aún faltan para desentrañar el magma de la vida.

(Del libro inédito: *Los campos de Dios*)

